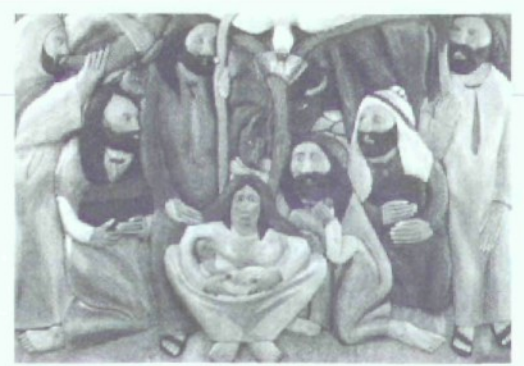


“¿DÓNDE ESTÁ EL REY DE LOS JUDÍOS QUE HA NACIDO?”

(Preguntan unos magos que venían de Oriente, Mateo 2, 2)



preguntas del evangelio

Fernando Montes, S.J.

Los seres humanos podemos convertirnos en fieras por alcanzar y conservar el poder. En todas las organizaciones humanas, tanto en las civiles como en las religiosas, el poder puede transformarse en una pasión que oscurece la moral y destruye la razón. No es extraño que parte importante del sufrimiento en la tierra, de las guerras, de las peleas fratricidas tenga su origen en esta lucha sin cuartel por dominar. La vida de Jesús fue marcada desde su nacimiento por esta dura realidad.

La pregunta que comentamos la formularon unos hombres venidos de Oriente que habían quedado deslumbrados por el resplandor de una estrella peregrina. Ellos buscaban a un niño y con cierta ingenuidad jamás pensaron que su interés por un recién nacido iba a provocar tanto revuelo en las esferas políticas y en los centros de poder de Jerusalén.

La pregunta de los magos llegó a oídos de Herodes quien se sobresaltó porque intuyó que su reino podía tambalear. Nos cuenta el evangelio que toda Jerusalén se conmovió con él porque nada es más amenazante que rozar, aunque sea suavemente, las estructuras del poder¹.

Los sabios y los sumos sacerdotes sabían que el Mesías, el esperado, nacería en Belén y ese hecho era inquietante porque recordaba los criterios de Dios para juzgar a quien tiene poder. Cuando el Señor decidió remover a Saúl por su mala conducta como rey, envió al profeta Samuel precisamente a Belén a buscar un sucesor entre los hijos de Jesús. Toda la descendencia de ese hombre fue pasando ante los ojos del profeta: los más grandes, los más inteligentes, los más fuertes. Pero Dios no eligió a ninguno de ellos. Prefirió a David, el más pequeño, que ni siquiera fue llamado por su pa-

dre porque no se le consideraba digno de ser el escogido. Él pastoreaba el ganado. A propósito de esa elección nos dice la Biblia: “La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias pero Yahveh mira el corazón”.²

Muchos siglos después, en Belén, volvió a dar fruto la raíz de Jesús. Al nacer un niño en un pesebre se nos volvió a enseñar que el verdadero poder no radica en la fuerza ni en el dinero, y que la autoridad no viene del boato ni de los títulos que los hombres nos damos.

Por ese motivo ese niño pequeño envuelto en pañales, por su sola presencia y su silencio pudo parecer amenazante, porque subvertía los criterios de este mundo en un punto central de la convivencia humana. Un hombre menos preocupado de estrellas y más atento a Dios, el viejo Simeón, entendió que el niño pobre y humilde de Belén sería un verdadero signo de contradicción puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel³.

Jesús más adelante tuvo dificultad en hacer entender que Él era rey pero no como el mundo piensa al hablar de esa dignidad. Él hubo de insistir en que quien manda debe ante todo servir y quien es el primero debe hacerse el último. Desde los sumos sacerdotes a Pilato, pasando por Herodes y por los mismos apóstoles, que tenían su ambición, todos temblaron ante este hombre libre que se abajó a sí mismo haciéndose esclavo, poniendo su poder divino al servicio del hombre⁴.

No es fácil definir en qué consiste el poder y, sin embargo, él es esencial para ordenar nuestras relaciones humanas. Todos, sin excepción, manejamos una cuota de poder y no sólo el jefe, el general o el político. El enfermo intuye que sus quejidos

mantienen en vela al enfermero; el maestro de escuela puede subyugar a su alumno; el portero de un edificio puede dejar esperando al visitante; el pequeño burócrata retarda el trámite al rellenar formularios sabiendo que quienes hacen la fila en ese momento dependen de él; el recién nacido intuye que sus padres son en cierto modo esclavos de su llanto. El marido tiene poder; la mamá tiene poder... los niños también lo tienen. En alguna zona de nuestros pequeños mundos todos somos en algún momento reyezuelos. Hacemos sentir lo que somos y esperamos que se nos reconozca. Es corriente hoy que uno crea que es alguien en la medida en que se levanta sobre los demás; en la medida en que uno puede mandar, disponer, sobresalir y dominar. El poder configura en buena parte el drama humano, pero mirado a la distancia hay algo en ese juego que tiene un triste tono de parodia y mascarada. En la cercanía de la Navidad es bueno preguntarnos dónde está nuestro poder y cómo lo ejercitamos. ¿Estamos en condición de aceptar los criterios del rey nacido en Belén?

“¿Dónde está el rey de los judíos?”. Los reyes que nacen en Belén —David y Jesús— tienen en común la humildad. Por eso al Mesías esperado lo encontraremos en Belén, como un niño pequeño envuelto en pañales, junto a una mujer que puso su grandeza en hacerse esclava del Señor. En Belén encontramos el único poder que perdura: el poder de Dios que se manifiesta en los humildes de corazón y que nos convierte en mensajeros de la paz. ■

¹ Mateo 2, 3.

² I Samuel 16, 7.

³ Lucas 2, 34.

⁴ Filipenses 2, 6-7.